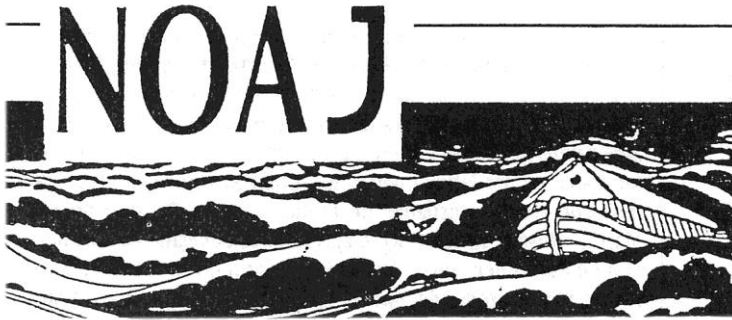




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Perednik, Gustavo. Mi dolor por el judaísmo distante. pp. 119-121

cedero. Somos un pueblo iconoclasta y destructor de mitos. Así como destruimos tantos otros en el curso de nuestra historia, así destruiremos también éste. Y en ese momento en que, desmitificados, destronados del paraíso, tomemos conciencia de nuestra desnudez, en ese momento llegará para nosotros la hora de la angustia y de la búsqueda de nuestra identidad real, no cubierta con la hoja de parra levantina. Sentirse expulsado es más tortuoso que haber sido expulsado. Temo que, dentro de poco, muchos de los que no entienden que vivimos en una región habitada por dos pueblos, y no por uno, muchos van a tener que convivir con ellos por imposición. Esa sensación de violación y alienación en nuestra propia tierra nos va a desgarrar más aún.

Los que están comprometidos, obligados, a esbozar las nuevas líneas del futuro, a diseñarlo con letras de imprenta y de fuego, somos los escritores de la diáspora y de Israel, **¡juntos!** Nosotros tenemos que ir pergeñando ese mundo de la vivencia impuesta, hasta transformarla en una vivencia deseada.

Ustedes nos deben ayudar en esta tarea. Así veo yo el compromiso del escritor judío en Iberoamérica, y donde esté.

Este compromiso ya no es el de "ustedes" y el de "nosotros", como solíamos decir hasta ahora. El compromiso que nos une, que nos convierte en nosotros, es el que no está en la aceptación, ni en el acatamiento, sino en la subversión. ◆

Israel: la crisis de la edad

Mi dolor por el judaísmo distante

Ya que la síntesis de la evolución del pensamiento judío contemporáneo que ha hecho el profesor Israel Eldar, ha sido por demás completa e ilustrativa, optaré por aprovechar mi intervención para referirme al tema general que la motivó, el de la relación Israel-Diáspora.

En principio, quiero reafirmar lo que para mí siempre fue una descripción objetiva de la realidad, aunque tal carácter haya sido en buena medida cuestionado: **Los israelíes hacen más por el judaísmo, por el pueblo judío y por el estado judío, que los judíos de la Diáspora, y deberíamos estarles agradecidos.**

Para mi sorpresa, aún el profesor Najum Megued fue discutido cuando, con la metáfora de la manzana, no hizo más que reflejar

**Gustavo
Perednik**

Nació en Argentina en 1956. Se graduó en Economía en la Universidad de Buenos Aires, y en Educación en la Universidad de Jerusalem. Fundó y dirige el Centro Hebreo Ioná. Publicó las novelas En lo de Santander (1981) y Ajitofel (1988).

lo obvio: el judío israelí paga los impuestos más altos de la Tierra, y ofrece años enteros de su vida al Ejército de Defensa del único país judío del mundo, del que todos somos beneficiarios. Así, hemos depositado en menos de cuatro millones de judíos los esfuerzos más importantes para la continuidad de una realización que usufructuamos los catorce millones de judíos del mundo. Eso es un dato objetivo. En tiempo y en dinero, en servicios y en impuestos, el israelí entrega más que el diaspórico. Por lo menos, deberíamos simplemente reconocerlo.

Mi relación para con los judíos de Israel es no sólo de admiración y profunda solidaridad, sino también de gratitud. Ese es un parámetro que debería reiterarse al analizar la relación Israel-Diáspora. Con nuestro reconocimiento, que entraña una dosis de humildad, ayudaríamos a que ese "cansancio de los israelíes" del que hablaba el profesor Eldar, tenga su catarsis. Sorprendentemente, sin embargo, parece ser que le negamos a Israel aún el reconocimiento de que ellos hacen más que nosotros por la continuidad del pueblo judío.

Este aspecto de la relación nos trae a un tema más importante que es el de la propia identidad de los judíos de la Diáspora, más concretamente, de los escritores judíos, que me permitiré abordar en unos minutos.

La profesora Myrna Solotorevsky lo planteó ayer en términos académicos: ¿qué de **judío** tiene el escritor judío? ¿Qué hace de su obra la reconocible en un judío? Yo quiero traducirlo a términos existenciales: mi dolor porque el judaísmo, en un congreso de escritores judíos, esté, no digo ausente, pero tan **distante**.

Enseguida me referiré a la última ponencia, la de Ethel Krauze, que a mi juicio ha extremado esa lejanía.

Mientras tanto digo, ya finalizando este Encuentro, que quienes aquí estamos hemos despertado al judaísmo en distintos momentos y situaciones de nuestras vidas, lo que dificulta hallar lo que nos une en cuanto judíos. En mi propia vivencia, lo judío lo invade todo, es omnipresente; es, como lo refirió A.B. Iehoshúa, "mi identidad". Este Congreso me ha desafiado a compatibilizar esa experiencia con la de quienes perciben lo judío, más que otra cosa, como una etiqueta del afuera; o ejercen el judaísmo por medio del mero cuestionamiento, y pongo el acento en el término **mero**. ¿En qué parte hay, además de cuestionamiento, pasión en la pertenencia judía, esa que podría por lo menos ofrecer el material a ser cuestionado?

Yo participo del Congreso de **Escritores Judíos**, en un intercambio que me honra, en mi carácter de **escritor**. No advertí, lo admito, que era posible (y perfectamente legítimo) participar del Congreso de Escritores **Judíos** como método de ejercer el **judaísmo**.

Ahora quisiera referirme específicamente a dos de los discursos que escuché durante el Congreso: justamente el primero y el último, el de Isaac Chocrón y el ya mencionado de Ethel Krauze. A pesar de haber sido pronunciados en el tono más encantador, y a pesar de que sus portavoces se destacan por su bonhomía, el contenido de dichas ponencias no dejó de ser violento. Isaac Chocrón expresa con una sinceridad que debemos agradecer: "A mí me gusta escribir; si eso me hace un judío prominente, bienvenido sea". La circunstancia

de que Chocrón sea un buen escritor y logre la consecuente y merecida fama, ha hecho de él un judío. A diferencia de mi propia experiencia, en él lo de escritor no sólo **precede** a lo judío sino que, asombrosamente, **lo crea**. Nos hace recordar a esa "reflexiva condición del hombre judío" que analizó Robert Mizrahi.

En cuanto a Ethel, cuando se refirió a los israelíes dijo que ellos debían de vernos a los judíos de la Diáspora como sujetos que "sin jugarse ni la nariz" se atribuyen los logros del estado judío. Y agregó, con sinceridad, que "desde su punto de vista, tienen razón", es decir que el argumento de los israelíes (y en esto coincido plenamente según ya expuse) resulta internamente coherente.

Pero esa coherencia interna y distancia abismal que ella sintió del razonamiento israelí, yo sentí que surgía de las propias palabras de Ethel Krauze. Me sentí siendo descripto, como judío miembro de la comunidad, no sólo acérrimamente sino (y esto es lo peor) desde el afuera más remoto. Y si el judío era mirado, ¿quién **miraba** desde el discurso de Ethel? ¿El mexicano, el gentil, el cristiano? No lo sé, pero sé que era **el afuera**.

La comunidad judía no es más que la organización que se dan los judíos para continuarse. Rechazar la comunidad por "enferma" me parece, como mínimo, un apresuramiento. Yo podría señalar enfermedades de la comunidad judeoargentina, pero no por tener defectos algo deja de ser mío. Creo que esa distancia abrumadora llegó a su cúspide cuando Ethel rescata nada menos que la figura de esús (!) como puente de identificación con el judaísmo.

No creo que el problema pase, como parece deducirse de la ponencia del profesor Eldar, por qué metodología podrá reemplazar

al sionismo como vinculante entre las generaciones. El sionismo no es a mi entender **un método**. Es parte de lo que heredamos del pasado y debemos transmitir al futuro. El problema es un nuevo tipo de judío que no puede (o no quiere) obrar de transmisor, pero **tampoco** quiere dejar de ser judío.

El profesor Eldar mencionó en una síntesis histórica, a aquellos pensadores que fueron concatenando la distinta concepción del judaísmo. Yo quiero poner de relieve la figura de Moisés Mendelssohn, quien como pocos se adelantó al estudio de esa figura del nuevo judío. Ese de la modernidad que descubre ser, más que un judío, un **descendiente** de judíos a quien le cuesta cortar los lazos con su pasado.

Ese nuevo tipo de judío puede expresarse con erudición de todos los temas que preocupan al hombre moderno, pero es ignorante del judaísmo. Cuando es marginal y se autoexcluye de la vida judía, pero a un tiempo es también un intelectual, un escritor, quiera o no, se expresa, para la sociedad "en nombre de lo judío". Tiene, como buen intelectual, mayores posibilidades de expresión que sus contemporáneos, y estas dotes le son devueltas por la sociedad con la etiqueta — a veces querida; a veces no — de "ha hablado un judío". En ese sentido, nos compromete de un modo reflexivo a los judíos que sí estamos dentro de la vida judía y del judaísmo.

Nuestro Congreso, sin proponérselo, ha sido testimonio del tema de ese judío novedoso, y me parece sumamente interesante y enriquecedor que podamos estudiar la relación complejísima que tiene con el judaísmo.

